

SUNDAY HOMILY

HOMILÍA DEL DOMINGO

Father Steven Pautler

Sunday, July 13, 2025

15th Sunday in Ordinary Time

Scripture: Dt 30:10-14/Ps 69:14, 17, 30-31, 33-34, 36, 37 (see 33)/Col 1:15-20/Lk 10:25-37

Theme: “The Gospel According to Snickers”

Well friends, today we hear one of the most beloved and familiar parables in all of Scripture—the Good Samaritan. It’s the kind of story even people who’ve never stepped foot in a church somehow know. It’s Jesus at His storytelling finest: simple, unforgettable, and deeply challenging.

But let me tell you, Jesus wasn’t the only one dishing out good news in unexpected places.

Let’s rewind to my last year at Sacred Heart Seminary in Hales Corners, Wisconsin. I was elected Student Body President—yes, somehow the Holy Spirit and a couple dozen seminarians thought *that* was a good idea. As you know by now, I tend to lean into the *fun and inspiring* side of life. Some people use post-it notes or thoughtful cards—I use chocolate.

You see, Monday mornings at seminary were *brutal*. Everyone was tired, crabby, and mentally buried in footnotes from Karl Rahner or essays on ecclesiology. The only “joy” in the building came from the vending machine...and that was broken half the time.

So I got this idea. I found a big ol’ basket—sound familiar?—and I loaded it with bite-sized Snickers. I placed it on the table near the classroom doors with just one word on a note: “**SMILE.**” No explanation. No fanfare. No names. Just free chocolate and a reason to lift your head.

And wouldn’t you know it? Week by week, more and more Snickers disappeared. At one point, I had to start ordering them in bulk! I never got a thank-you, but I *did* see more smiles on Monday mornings. And maybe—just maybe—that little piece of nougat-covered evangelization made the day a little brighter for someone who needed it.

Now back to Jesus and His story.

The parable of the Good Samaritan isn’t just about a random act of kindness. It’s about crossing boundaries. It’s about seeing with the eyes of mercy, not suspicion. The priest and Levite in the story kept walking. Maybe they were in a hurry. Maybe they were afraid. Maybe they were just too busy being religious to actually live religion.

But the Samaritan—the outsider, the one considered “less than” by society—he stopped. He saw. He cared. And he acted.

Friends, the Church doesn’t need more “passing by on the other side.” We’ve got enough of that out in the world. What we *do* need is more compassion, more interruptions for mercy, more candy baskets in unexpected places.

Right here at St. Mary, we’ve had our share of challenges. Just this past month: our copper guttering was stolen. Someone even took a bath at the outdoor spigot and left the water running! I wish I were making that up. But here’s what matters: even after all that, we still answer the door when someone needs help. We still open our hearts and our pantry and our schedule—because that’s who we are. That’s who Jesus calls us to be.

Being a Good Samaritan doesn’t always mean carrying someone to the inn. Sometimes it just means looking someone in the eye, holding their hand, or handing them a Snickers bar with a smile.

The truth is, the world is aching for kindness. People are beat up on the road of life—wounded by grief, poverty, rejection, or just plain loneliness. And while we may not have oil and wine to pour into their wounds, we *do* have time, presence, prayer, and the ability to say: “**I see you. I’m with you.**”

So today, as we leave this sacred place and go back into the world, remember: You don’t have to be perfect. You don’t have to be wealthy. You don’t have to be a theologian. You just have to be willing to stop, look, and love.

And maybe, just maybe... bring a few Snickers with you.

Because in the Kingdom of God, sometimes the road to Heaven is paved with chocolate and compassion.

Homilía: “El Evangelio Según los Snickers”

15° Domingo del Tiempo Ordinario

Lucas 10,25–37; Mateo 10,7–15

Hermanos y hermanas, hoy escuchamos una de las parábolas más queridas y conocidas de toda la Escritura: el Buen Samaritano. Es una de esas historias que incluso los que nunca han pisado una iglesia han escuchado alguna vez. Jesús está en su mejor forma como narrador: sencillo, inolvidable, y profundamente desafiante.

Pero déjenme decirles: Jesús no es el único que ha repartido buenas noticias en lugares inesperados.

Regresemos a mi último año en el Seminario del Sagrado Corazón en Hales Corners, Wisconsin. Fui elegido Presidente del Consejo Estudiantil—sí, de alguna manera el Espíritu Santo y un grupo de seminaristas pensaron que *eso* era una buena idea. Como ya saben, me gusta inclinarme hacia el lado *divertido e inspirador* de la vida. Algunos usan notitas o tarjetas reflexivas—yo uso chocolate.

Verán, los lunes por la mañana en el seminario eran *terribles*. Todos estábamos cansados, de mal humor y con la cabeza llena de notas al pie de Karl Rahner o ensayos sobre eclesiología. La única “alegría” en el edificio venía de la máquina expendedora... y la mitad del tiempo no funcionaba.

Entonces se me ocurrió una idea. Encontré una canasta grande—¿les suena familiar?—y la llené con mini Snickers. La puse sobre una mesa cerca de la puerta del salón con una sola palabra en una nota: “**¡SONRÍE!**” Sin explicación. Sin nombre. Sin alarde. Solo chocolate gratis y una razón para levantar la cabeza.

¿Y saben qué pasó? Semana tras semana, más y más Snickers desaparecían. ¡Llegó un punto en que tuve que empezar a pedirlos al por mayor! Nunca recibí un “gracias”, pero *sí* vi más sonrisas los lunes por la mañana. Y tal vez—solo tal vez—ese pequeño pedazo de evangelización cubierto de chocolate hizo el día un poco más brillante para alguien que lo necesitaba.

Ahora volvamos a Jesús y su historia.

La parábola del Buen Samaritano no trata solo de hacer una buena acción. Se trata de cruzar fronteras. Se trata de mirar con ojos de misericordia, no con sospecha. El sacerdote y el levita pasaron de largo. Tal vez tenían prisa. Tal vez tenían miedo. Tal vez estaban demasiado ocupados *siendo* religiosos como para *vivir* la religión.

Pero el samaritano—el extranjero, el rechazado por la sociedad—se detuvo. Vio. Sintió compasión. Y actuó.

Amigos, la Iglesia no necesita más gente “pasando de largo por el otro lado”. De eso ya hay suficiente en el mundo. Lo que *sí* necesitamos es más compasión, más interrupciones por misericordia, más canastas de dulces en lugares inesperados.

Aquí mismo, en Santa María, hemos tenido nuestros desafíos. Solo el mes pasado: nos robaron las canaletas de cobre. ¡Alguien incluso se dio un baño en la llave de agua exterior y la dejó corriendo! Ojalá estuviera inventando esto. Pero lo importante es esto: a pesar de todo, seguimos abriendo la puerta cuando alguien necesita ayuda. Seguimos abriendo el corazón, la despensa y nuestra agenda—porque eso es lo que somos. Eso es lo que Jesús nos llama a ser.

Ser un Buen Samaritano no siempre significa cargar con alguien hasta la posada. A veces solo significa mirar a alguien a los ojos, tomarle la mano, o darle un Snickers con una sonrisa.

La verdad es que el mundo está hambriento de bondad. Hay personas golpeadas en el camino de la vida—heridas por el duelo, la pobreza, el rechazo o la soledad. Y aunque no tengamos aceite y vino para sanar sus heridas, *sí* tenemos tiempo, presencia, oración y la capacidad de decir: “**Te veo. Estoy contigo.**”

Así que hoy, al salir de este lugar sagrado y regresar al mundo, recuerden: No tienen que ser perfectos. No tienen que ser ricos. No tienen que ser teólogos. Solo tienen que estar dispuestos a detenerse, mirar y amar.

Y tal vez, solo tal vez... lleven algunos Snickers con ustedes.

Porque en el Reino de Dios, a veces el camino al cielo está pavimentado con chocolate y compasión.